

SERMON
DEL GLORIOSO
SAN ILDEFONSO

PATRONO DEL CUERPO COLEGIADO
DE LA NOBLEZA DE MADRID

PREDICADO EL DIA 30 DE ENERO DE 1880

EN LA REAL IGLESIA DE MONSERRAT DE ESTA CORTE

Á PRESENCIA

DE S. M. EL REY

DE LA SERMA. SRA. PRINCESA DE ASTURIAS Y AA. RR.

POR EL EXCMO. É ILMO. SR.

D. FELIPE MORALES DE SETIEN Y RAMIREZ DE ARELLANO

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA,
LICENCIADO EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO, CABALLERO PROFESO DE LA ÓRDEN
MILITAR DE CALATRAVA, GRAN CRUZ DE LA AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA,
COMENDADOR DE LA REAL Y DISTINGUIDA DE CARLOS III,
EXAMINADOR SINODAL DE VARIAS DIÓCESIS,
MINISTRO DEL TRIBUNAL METROPOLITANO Y REAL CONSEJO DE LAS ÓRDENES
MILITARES, PREDICADOR DE S. M.,
AUDITOR GENERAL DEL VICARIATO CASTRENSE, ETC. ETC.



Se publica por especial acuerdo del Cuerpo Colegiado de Caballeros
Hijosdalgo de Madrid, y á sus expensas,

MADRID.

IMPRENTA DE ALEJANDRO GÓMEZ FUENTENEBO,

Bordadores, 10.
1880.

FM 2604

SERMON
DEL GLORIOSO
SAN ILDEFONSO.

El Emmo. y Rmo. Sr. Cardenal Benavides, dignísimo Patriarca de las Indias y Pro Capellan Mayor de Palacio, siempre solícito por el bien de los fieles, tuvo á bien conceder, á ruego del orador, doscientos días de indulgencia á todos los que devotamente escuchasen el siguiente sermón.

SERMON

DEL GLORIOSO

SAN ILDEFONSO

PATRONO DEL CUERPO COLEGIADO

DE LA NOBLEZA DE MADRID

PREDICADO EL DIA 30 DE ENERO DE 1880

EN LA REAL IGLESIA DE MONSERRAT DE ESTA CORTE

Á PRESENCIA

DE S. M. EL REY

DE LA SERMA. SRA. PRINCESA DE ASTURIAS Y AA. RR.

POR EL EXCMO. É ILMO. SR.

D. FELIPE MORALES DE SETIEN Y RAMIREZ DE ARELLANO

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA,
LICENCIADO EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO, CABALLERO PROFESO DE LA ÓRDEN
MILITAR DE CALATRAVA, GRAN CRUZ DE LA AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA,
COMENDADOR DE LA REAL Y DISTINGUIDA DE CARLOS III,
EXAMINADOR SINODAL DE VARIAS DIÓCESIS,
MINISTRO DEL TRIBUNAL METROPOLITANO Y REAL CONSEJO DE LAS ÓRDENES
MILITARES, PREDICADOR DE S. M.,
AUDITOR GENERAL DEL VICARIATO CASTRENSE, ETC. ETC.



Se publica por especial acuerdo del Cuerpo Colegiado de Caballeros
Hijosdalgo de Madrid, y á sus expensas,

MADRID.

IMPRENTA DE ALEJANDRO GÓMEZ FUENTENEbro,

Bordadores, 10.

1880.



A S. M. la Reina de España.

SEÑORA:

Un discurso formado en honra y gloria de Dios, que dá poder á los Reyes; en apologia del Catolicismo que, por fortuna, se profesa en toda España, y en elogio de un santo y sabio español que lleva el mismo nombre de nuestro Rey: un sermon predicado al Cuerpo Colegiado de la Nobleza de Madrid, presidido por su Jefe Supremo, con ocasion de la fiesta de su Patrono, y que trata de virtudes, de batallas y de victorias de la Nacion á cuyo brillo contribuyó eficazmente la dinastia de la Casa de Austria, no puede ni debe ser dedicado sino á V. M. que, descendiendo de esa regia estirpe, comparte hoy con D. Alfonso XII, entre los aplausos del pueblo español, el Trono de San Fernando.

Os lo dedico, Señora, con la mejor voluntad, sintiendo tan sólo que, por su forma, no sea digno de la elevadísima posicion que ocupais, ni de las grandes virtudes que poseeis. Dignaos acogerlo con vuestra natural bondad en prueba de la sincera adhesion que respetuosamente os profeso.

SEÑORA,

A L. R. P. de V. M.

Felipe M. de Setien.

Madrid 1.º de Febrero de 1880.



Homines divites in virtute , pulchritudinis studium habentes... in generationibus gentis suae gloriam adepti sunt , et in diebus suis habentur in laudibus.—Ecclesiastici verba capitulo XLIV, versic. VI et VII.

Los hombres ricos en virtud , solicitos del decoro , alcanzaron gloria en las edades de su nacion , y en sus dias son celebrados.

El Eclesiástico en el cap. XLIV, vv. 6 y 7.

SEÑOR :

LA vida del hombre en cuyos actos no se descubre el desarrollo de una idea filosófica ó de un sentimiento benéfico que la enlace y armonice con la marcha solemne, ó con los altos destinos de aquella sociedad en cuyo seno se acoge, es una vida mezquina, ruin y extremadamente pobre.

El detestable egoismo que empequeñece su alma, cohibe de tal manera su accion y la limita á un círculo tan exclusivo y estrecho, que pasa desconocida para la generalidad de sus prójimos; y si alguno tiene la mala suerte de necesitar su proteccion, ó su apoyo, encuentra un proceder tan injusto como lo sería el de aquel viajero que, obligado con otros á largo y penoso camino, no se uniese á los demás viandantes hasta el fin de la jornada, por no exponerse á practicar un acto de solaz comun, de cordial fraternidad, ó de mutua proteccion.

Ajeno á todo lo grande, insensible á lo que su persona no estima propio, é indiferente para lo que su interesada

opinion no lo califica de útil, sus obras son como las huellas que el pájaro imprime en la nube, ó como la estela que el buque marca en el agua. Por eso para el hombre egoísta no tiene la humanidad un recuerdo, ni la historia una página, ni la patria un monumento, ni la religion una alabanza, ni el cielo una bendicion, ni los ángeles una palma, ni Dios una corona.

El hombre, por el contrario, que ha consagrado toda la actividad de su espíritu, los recursos de su genio, los sentimientos de su pecho, las aspiraciones de su deseo y las fuerzas de su vida, á la honra y gloria de Dios, al servicio de su Rey, ó al provecho de su patria; ese hombre deja al morir, misteriosamente encarnada su vida con la existencia de los demás que quisieran prolongársela; y cuando terminada su carrera y cumplida su mision, se separa de los hombres, que le lloran cual si fuese cosa propia, la historia imparcial se encarga de convertir la terrible noche de su muerte en claro y esplendente dia, inscribiéndole en el imperecedero libro, donde están escritos con caracteres eternos los nombres, las virtudes y las hazañas de todos aquellos héroes que en la ciencia ó en la virtud, en la beneficencia ó en la política, en la paz ó en la guerra, han respondido al llamamiento providencial de nuestro Dios, ó han contribuido al bienestar de la patria.

¡Ah! En ese respetable libro, en ese santoral de almas grandes, cada nacion, cada pueblo tiene una ó algunas páginas: empero nuestra Nacion, que en cien y cien combates doméñó la pujanza de los Annibales, marchitó los laureles de los Pompeyos, legó al mundo atónito monumentos insignes de un valor nunca visto ni en Numancia, ni en Sagunto, y extendió los límites de su corona hasta un nuevo hemisferio; nuestra Nacion, repito, que está empapada en sangre de ilustres mártires, y que es llamada con razon la cuna de grandes santos, esta Nacion no tiene tan sólo páginas, tiene completos capítulos, y en ellos puede leer con justo y maternal orgullo, innumerables nombres de hijos suyos que la colmaron de gloria.

Entre esos nombres están el del eminente hijo de la Imperial ciudad de Toledo y patrono de su Diócesis, el del Arzobispo S. ILDEFONSO, que no sólo fué modelo de los Pas-

tores, sino ejemplo de virtudes, y el de los ilustres ascendientes de los que hoy bajo el título de Hijosdalgo componen el Cuerpo Colegiado de la Nobleza de la muy Heroica Villa de Madrid. Ese Santo y esos héroes son los que van á constituir el objeto de mi discurso. Seré breve.

Dispensad, nobles Caballeros, dispensad que ántes de dar comienzo, me atreva á deciros que no habeis andado muy acertados en la eleccion del orador panegirista; porque cualquiera de los de esta localidad hubiera desempeñado mejor que yo este honroso cometido. Pero, puesto que así lo quisisteis, tenedlo en cuenta, os lo ruego, para que no me escatimeis ni vuestra atencion, ni vuestra indulgencia. A pedirla no me mueve un vano deseo de aparecer á vuestros ojos modesto, ni el de cumplir con un acto de cortesía siempre tolerado, consentido siempre á quien, como yo, tiene la alta honra de dirigiros respetuosamente la palabra. La pido, porque la necesito. Yo me prometo que habeis de otorgármela tan cumplida como en el año pasado, y en prueba de que va á ser así, dignaos asociaros á la súplica que voy á dirigir al Cielo para implorar los auxilios de la gracia por mediacion de la Reina de las Vírgenes, y para obligarla á que atienda á nuestro ruego, digámosla con fervor la salutacion del Ángel en Galilea, el

AVE MARÍA.

*

MAJESTAD :

Todo cuanto nos rodea tanto en el universo visible como en el mundo invisible, está publicando incesantemente la omnipotencia de Dios. Si observamos la naturaleza, advertimos desde luego que desde la gigante palmera de los Andes, hasta la blanca azucena del pensil; desde la oculta madrepora que vegeta en el fondo de los mares, hasta el deodara colosal del Himalaya, todos los vegetales están en un sorprendente y regular movimiento; así como vemos tambien que desde el más pequeño insecto hasta el mayor de los elefantes, desde el pececillo hasta la ballena, desde el pájaro mosca hasta el águila, todos los animales, incluso su rey que es el hombre, tienen un orden de movimientos, proporcionado tambien y admirable.

Si alzamos los ojos hácia los soberbios luminares, que dan resplandor á los cielos; si contemplamos esas antorchas admirables que asombran al naturalista y confunden al ateo, al describir con una regularidad matemática las inmensas elipses que les trazó en un principio el Creador Soberano; si reparamos en que hace seis mil ochocientos años que Dios sacó de la nada á este mundo, y que desde entónces, todos los dias á tal hora y á tal minuto, el Sol aparece en el horizonte, y á tantos minutos de tal hora vuelve á desaparecer; que las estaciones se siguen unas á otras con inflexible seguridad; que unas estrellas se levantan, mientras otras van á ocultarse en la azulada cortina del firmamento; en todo vemos el sello de un designio maravilloso y en todo encontramos el dedo prodigioso de nuestro Dios.

Pero sobre todo, cuando nos detenemos á examinar la sabia y acertada manera con que desde el principio del

mundo viene rigiendo Dios sus destinos, así en los pequeños como en los grandes estados; conservando á la humanidad y modificando sus costumbres y sus leyes; cómo estableció el Cristianismo y cómo gobierna secretamente su Iglesia por medios que desconciertan todos los cálculos humanos, ah! entónces, Señor, nuestra admiracion sube necesariamente de punto, porque los prodigios son muchos más, é incomparablemente mayores.

Consultemos en prueba de ello la historia, y verémos, que cuando el Altísimo ha querido dar á conocer la fuerza de su poderoso brazo por medio de esas sorprendentes transformaciones que llevan la victoria y el imperio de una á otra nacion; que cuando Dios ha querido libertar á su escogido pueblo del yugo ominoso de una dominacion extranjera; que cuando la humanidad se ha visto amenazada por la fuerza bestial, injusta y bruta; cuando el enemigo era Atila, Mahoma ó Abderraman, entónces, como Dios de los ejércitos, ha ordenado á los guerreros de Judá, y ha gritado á los héroes contemporáneos: « Levantaos, marchad y herid; » y los héroes se han levantado, protegidos por el acero, cubiertos con el hierro y amparados de su gracia, y han peleado, y han vencido, y el mundo asistió á la lucha de la fuerza y á los triunfos de las armas, porque aquella era la época de los Carlomagnos, de los Cides, de los Guzmanes, de los Recaredos, ó los Pelayos.

Pero cuando se ha tratado, nó de sujetar al mundo, sino de santificarle; nó de hacerle temer los golpes vengadores de su poder, sino de hacerle estimar los encantos y la belleza de la virtud; cuando la humanidad se vió amenazada por la invasion del error ó la herejia; si el enemigo llamase Arrio, se denomina Lutero ó se apellida Voltaire, entónces el Dios de las misericordias grita á los genios contemporáneos: « Levantaos y hablad; » y como su voluntad siempre se cumple, y como sus recursos son infinitos, los héroes se levantan, y el mundo asiste á la lucha de las ideas y al triunfo de la palabra, porque es el siglo de los Agustinos, de los Ambrosios, de los Crisóstomos, en una palabra, es la época feliz de los Padres de la Iglesia.

Y con efecto: los primeros conquistadores del Cristianismo se presentaron al mundo pagano sin más armas que

la dulzura evangélica; y ella bastó, bien lo sabeis, para renovar por completo la faz de la tierra, triunfar del orgullo de los filósofos, abatir la vana ciencia de los que sin serlo pretendían llamarse sabios, domar la ferocidad de los bárbaros, iluminar la ceguedad de los judíos, congregar en un solo pueblo á todos los dispersos de Israel, y dejar establecida la sublime doctrina de Jesucristo.

Este prodigio, que es el mayor de los prodigios, como dice San Agustin, puesto que con el más débil de todos los medios se dió cima á la más árdua de las empresas; este prodigio, repito, lo veían los Profetas en las tinieblas de un lejano porvenir, cuando para consolar á Sion en su abatimiento y en su viudez, le decian : « Levanta tu lánguida mirada y fijala sobre las naciones, y llena de estupor contempla la obra maravillosa, desconocida de los siglos pasados y á la que dificilmente se dará crédito en los venideros. » Esto vieron los Profetas, como un puñado de héroes veía tambien en Covadonga que nuestra religion se había de ver desagraviada, y reconstituida la Monarquía, y libre la España de los innumerables invasores que la oprimían, cuando desde aquel pobre rincon que los árabes despreciaron por su miseria, gritaban con D. Pelayo : « Nosotros os vencerémos en cien y cien combates ; transmitirémos á nuestros hijos la obligación de haceros guerra constante, y un dia ha de llegar en que nuestros hijos os arrojarán de este suelo que habeis usurpado y que profanais con vuestra presencia. »

Empero no necesitamos remontarnos á la infancia del Cristianismo, ni á los tiempos de Pelayo, para contemplar vencido, postrado y en confusion lo más grande y más formidable que hay en el mundo, como le llama San Pablo, por lo más débil y más despreciable que se encuentra á los ojos de la carne. Precisamente esta solemnidad está dedicada al héroe santo que por disposicion divina salió de nuestro patrio suelo, en circunstancias bien críticas, para consuelo de la Iglesia católica y para gloria de esta Nacion, toda vez que San Ildefonso representa á la Nobleza española enaltecida por la virtud, y el testimonio más fehaciente y más auténtico de la verdad filosófica y moral, *ex virtute nobilitas*, que ostentais en vuestro escudo. Voy á probarlo.

De todas las persecuciones que ha sufrido desde su ori-

gen la Religion católica, ninguna hay más perversa en sus principios, ni más funesta en sus consecuencias, que la que se la hizo en el siglo sétimo de nuestra era; porque si bien en su nacimiento la espada cruel de feroces tiranos bañó en sangre y cubrió de asesinatos su cuna, y si despues la astucia y la malicia de los herejes trataron de oscurecer y de pervertir sus dogmas, en la época que nos ocupa, el error y la fuerza coaligados se levantaron con ánimo de desgarrar á la Esposa del Cordero immaculado, y llenos de audacia sacrílega en sus proyectos, con el odio más cruel á todo principio de autoridad, con veneno en sus doctrinas, con impostura en su lenguaje, con bastardía en sus miras, urdieron la más vasta conspiracion para expulsar de su templo á Jesucristo, de su trono á los Monarcas, de los pueblos á la subordinacion y de los corazones á la moral.

Si. Por entre altares derribados, por cima de cetros y coronas deshechas, y tras el saqueo del templo y la parodia del más santo y más augusto de los misterios, avanzó con ruido siniestro la grosera y estúpida ferocidad de los bárbaros que fomentaban todos los crímenes y reproducian las herejías. ¡Ay! Señor... La herejía, ese elemento deletéreo, ese gérmen desorganizador que pone en convulsion los tronos y hace que se bamboleen las monarquías, y derrama la escision en los pueblos, y arrebatla la paz de las familias, y exalta las pasiones, y vicia los instintos, y por do quier que pasa deja en pos de sí desgracias, desolacion y crímenes sin cuento; la herejía, que felizmente había desaparecido de nuestra España merced al celo del gran Recaredo y á los trabajos de Leandro, Braulio, Isidoro y Eugenio, volvía á retoñar importada por unos hombres que, desde la Galia Gótica, se arrojaron sobre este suelo, sembrando las más horribles blasfemias contra la perpétua virginidad de María Santísima y reproduciendo las perversas doctrinas de Arrio, de Nestorio, de Joviniano y de Helvidio.

¿Será, Señor, que Dios haya permitido que las puertas del abismo prevaalezcan contra su Iglesia, ó que el Esposo sea insensible á las lágrimas de su Esposa, que pálida y afligida, alzando sus puras manos al Cielo, le pide con ruego incesante un nuevo Esdras que impida la demolicion del Santuario?

Nó y mil veces nó. El Dios de Abrahan ha dirigido por fin una mirada propicia al verdadero Israel, y en la soledad del claustro sagrado, á la sombra de la Cruz de Jesucristo, en el monasterio de San Cosme y San Damian ha formado un héroe, un santo, que será el consuelo y sosten de Sion en los dias de su amargura, y ese héroe, y ese santo, es el humilde, el modesto, el dulce SAN ILDEFONSO, que aunque muy notable é ilustre á los ojos del mundo por el esplendor de su origen, lo es mucho más á los de Dios, por el mérito de sus virtudes y de sus relevantes dotes.

Efectivamente, señores. Desde los primeros albores de su existencia se dejó vislumbrar en este Santo el carácter del hombre llamado á vivificar con sus ejemplos una sociedad corrompida en sus costumbres, bastardeada en sus ideas y viciada en sus instintos. ¡ Ah ! Cuando yo le contemplo en las fajas de la infancia saboreando el dulcísimo nombre de la Inmaculada Madre del Verbo ; cuando le observo en su niñez, modesto en sus palabras, mesurado en sus acciones, lleno de amor hácia un Dios á quien no conoce y ocupado en alabarle ; cuando en su juventud le miro compasivo con el pobre, tierno con el desgraciado, despreciador de los falsos bienes del mundo, enemigo de sus placeres, vigilante contra sus asechanzas, recto en sus ideas, noble en sus sentimientos y prudente en sus deliberaciones, cual si fuese hombre provecto, mi alma se complace en admirar esas felices disposiciones que considero como seguro pronóstico de la integridad con que un dia ha de llenar la gran mision que el Cielo le ha reservado, y que en efecto llenó, consolando al que lloraba, remediando al que sufría, sosteniendo al débil, enseñando al poderoso, corrigiendo al pecador y protegiendo al desvalido y al huérfano.

Incansable para el trabajo en pró de su Religion y su Patria, y profundo conocedor de las arterias de que se vale el espíritu de la mentira, no se fia de él, siquiera le oculte en dorada copa el veneno, ó le encubra con piel de oveja á los lobos más rapaces; y como sabe este Santo que con el error reina el vicio, que se entroniza la corrupcion, que se rompen las vallas de los deberes, que se forman facciones y banderías que se desgarran, que huye la paz, que se turba el órden, que cunden las intrigas, que se desarrollan los

instintos brutales de las grandes masas, que se crean gérmenes de disolucion, y que el equilibrio social padece violentas oscilaciones hasta que al fin se desploma con un espantoso ruido; este Santo, que ve en la extirpacion de las herejías interesada no sólo la gloria de Dios sino el porvenir de la patria, amante sin segundo de su felicidad, celoso como el que más de sus glorias, trabaja incesantemente para arrancar con su palabra, con su ejemplo y sus virtudes, hasta las raíces de aquella mala semilla; y si se le crean obstáculos, él los allana; si se multiplican las dificultades, las vence; si crecen las intrigas las desconcierta, y si se le exigen sacrificios él los admite, porque SAN ILDEFONSO no se acuerda de que es Arzobispo, sino para mejor acordarse de que es el amigo, el sosten, el consuelo, en una palabra, el padre de todos los de su diócesis.

En el Cielo está, y desde allí, que por cierto no es la patria del olvido, conoce las necesidades que nos rodean; oye bondadoso las súplicas que le hacemos, y las presenta como suyas ante el trono de Dios eterno; recoge las guirnaldas de gratitud que depositamos en sus altares; nos defiende en la desgracia, y al enseñarnos á ser nobles, á ser grandes y á ser santos, nos enseña tambien á celebrar las glorias de los héroes que en su catálogo cuenta el Cuerpo Colegiado de la Nobleza y que por su amor á su Dios, á su Patria y á su Rey merecen nuestro respeto y el elogio que en pocas palabras me vais á permitir consagrarles.

Hay en el mundo una celeberrima y muy renombrada Nacion, que separada del resto de Europa por montañas, por un estrecho y por mares, parece elegida y destinada por Dios para ser el santuario y hogar, donde incólume se guarde una palabra de mágico encanto, palabra que conmueve las fibras del corazon, que inspira y produce los sentimientos más grandes, y que lleva estrechamente unidas la de Religion y la de Rey.

Esa nacion es la España, que por la patria luchó mil veces contra el cartagines y el romano; que supo retar y vencer á la señora del mundo, y que sí humilde se vió en

Covadonga, soberbia se alzó en Granada. Esa nacion es la España, que fué invadida por los árabes, que semejando una bandada de hambrientos buitres, se arrojaron sobre este suelo el 30 de Abril del año 712, sin saber ó sin pensar que á todos sus invasores dió esta Nacion un fin funesto y una muerte desastrosa, desde que la Religion católica, descendiendo del trono de Dios y extendiéndose cual lazo de luz y de amor por toda nuestra península, no sólo nos concedió la esperanza de una eternidad feliz, sino la union, que es la base más sólida del poder y de la fuerza.

En efecto: recorred uno á uno los períodos de nuestra historia, y no sólo advirtiréis que la Religion católica es el fundamento de la nacionalidad española y el áncora de salvacion en todas las tempestades que intentaron destruirla, sino que veréis arder juntos, á la sombra del santuario, al celo religioso y al amor patrio, formando una sola llama.

Sin embargo la época de la reconquista es en la que resalta con más brillo la proteccion soberana que Dios dispensa á este suelo, porque en esa gloriosa lucha se ve combatir de poder á poder, al bien y al mal, á la luz y á las tinieblas, al espíritu y á la materia, al Oriente y al Occidente, al Coran y al Evangelio, á la Cruz y á la Medialuna.

Ese espectáculo de constancia y de heroismo no tiene ejemplo en el mundo. Ese hecho único es el más glorioso que registra la humanidad, y si esta Nacion lo presenta, lo debe sin duda alguna á la fe, porque un entusiasmo pasajero, el arrojó de algunos instantes pueden proceder de la locura, del fanatismo, ó de cualquier otra causa; pero la decision de un pueblo que no se cansa en setecientos años de lucha, y que trasmite de generacion en generacion el valor y la constancia como el más sagrado depósito, esto, creedme, no puede nacer sino de un principio religioso. Sí. A tanto heroismo no alcanza un pueblo á quien no impulsa otro motivo que el interes, á quien no sostiene otra esperanza que la fundada en los recursos humanos. ¡Ah! bien lo sabeis; á tanta altura sólo se elevan las naciones que miran á Dios decidido y declarado en su apoyo, las que para luchar no confían en el número de los combatientes, sino en la causa por que pelean, y la que, como la nuestra,

comenzaba sus batallas diciendo: *Santiago, cierra España.*

¿Os sorprendeis, os admirais, filósofos modernos, al oírme hablar de portentos y prodigios?... pues decidme: ¿quién por despreocupado que sea, pero que de español se precie, y que siquiera haya hojeado las crónicas de esta provincia, no adquiere la convicción de que los ascendientes ilustres de los que hoy componen el Cuerpo Colegiado de la Nobleza de Madrid, fueron el instrumento de que el Cielo se valió para dar gloriosa cima á aquella feliz empresa que siempre tendrá nombre eterno?... ¿No están escritas con la noble sangre de sus Caballeros las páginas más brillantes de aquella historia?... ¿No fueron sus robustos brazos los que rompieron el yugo ominoso que el fiero musulman hizo pesar sobre esta Nación y particularmente sobre esta provincia, cuando Vargas, Merlo, Quintana, Jiménez, Rivadeneira y Gudial, con un valor que no tiene precio, escalaron los muros de Majerit, Madrid, ó villa del Manzanares, buscando apoyo en su daga?... ¿No fueron sus manos fieles las que afirmaron la corona en las sienes de nuestros Reyes, arrancando Toledo á los moros, y franqueando á D. Alfonso VI su entrada triunfal en aquel alcázar? ¿No fueron ellos por fin los que con otros pasearon triunfantes el estandarte de la Santa Cruz y el morado pendon de Castilla la Nueva, desde las orillas del Deva á las márgenes del Genil, y desde las rocas de Covadonga á los muros de la Alhambra, para pasearlo despues en Flandes, en Nápoles, en África y en América?... Sí. Los Hijosdalgo de Madrid, la flor de su Nobleza, fueron los que al mando de D. Diego Lope de Haro destruyeron la Media-luna, los que encontraron y pusieron al culto público á Nuestra Señora de Atocha; los del tercio madrileño son los que, capitaneados por Cañamero, llegaron hasta la tienda de Miramamolín, los que rompieron el parapeto de los diez mil negros que la guardaban, y los que contribuyeron poderosamente á conseguir, entre otras, las victorias nunca bien ponderadas de las Navas, del Salado y de Algeciras.

Siendo, pues, esto cierto como lo es, porque así lo dice la historia; qué resta ahora, Señor, sino bendecir y alabar á ese Omnipotente Dios que no sólo ha derramado á manos llenas sobre esta Nación que regís, los bienes de natura-

leza, sino que la ha enriquecido con hijos, héroes y santos tan distinguidos como el glorioso S. Ildefonso, y con los ilustres varones que de esta Villa se cuentan?... pues resta además el que grabemos en nuestras almas la doctrina celestial del Evangelio que nuestro Santo Patrono ejerció; que procuremos trasmitir á las futuras generaciones el fuego de la fe católica, que con tanto celo y valor conservaron nuestros mayores, y el que fieles á nuestras convicciones, celosos del decoro de nuestra Pátria, é interesados en la paz que para su prosperidad necesita, ostentemos á la faz de todo el mundo, que el carácter tradicional del pueblo español y principalmente el del pueblo del Dos de Mayo, es eminentemente católico, esencialmente monárquico y cumplidamente heroico.

Vosotros, Hijosdalgo, recordad siempre el juramento de fidelidad que habeis prestado al Monarca, que si nobleza obliga, aquéllos serán más nobles que se consideren más obligados á cumplir con su deber; tened presente que esa cruz, esas insignias y esos blasones que usais, léjos de ser objeto de vanidad, son poderoso motivo para que obreis con justicia y rectitud, y que la Patria tiene el derecho de hallar siempre en el Cuerpo colegiado de la Nobleza, sucesores dignos de aquellos insignes varones que tanto la enaltecieron.

Santo glorioso, alzad vuestras puras manos ante el trono del Eterno, y haced por vuestra mediacion poderosa que de él desciendan copiosas bendiciones sobre nuestros Católicos Reyes y toda la Real Familia. Proteged á D. Alfonso XII, para que engrandezca su nombre, que es á la vez el vuestro, como lo engrandecieron sus once predecesores. Amparad á la Reina; acogedla bajo vuestro benéfico manto; alcanzad de Dios, cuya Providencia sabe sacar el bien del mismo exceso del mal, haga que aquel horrible atentado, que no me atrevo á nombrar por no profanar este sitio, y que fué execrado por todos como contrasentido y negacion de la España caballeresca, hospitalaria é hidalga, sea el motivo de que nunca nos cansemos de darla pruebas de ad-

hesion, de respeto y de cariño, y que así como su venerable ascendiente la Reina María Teresa de Austria tuvo húngaros y magiares que por ella daban su sangre y su vida, llevando el sublime lema, *moriamur pro Rege nostro Maria Teresa*, tenga así S. M. en cada español el defensor más constante y decidido. Proteged también al Cuerpo Colegiado de la Nobleza, que os aclama por su patrono, y bendecid á todos los españoles, para que viviendo en la paz que puede obtenerse en la tierra, merezcamos después la gloria que Dios promete á los que se hacen dignos de reinar eternamente en el cielo. Así sea.



